



EL PORVENIR DE UNA NACIÓN

Ricardo Andrade Rodríguez

En estos tiempos, en los que el furor “mass mediático” y sus rimbombantes titulares, su musiquita sugestiva y sus anuncios pomposos, nos llenan los sentidos de campañas y rostros políticamente correctos; en los que las promesas y convenios toman formas masificadas y colores de estandartes, uno no puede dejar de interrogarse por lo que viene. Sí por el porvenir de esta nación y de este circo político en el que se pone en juego mucho más que el slogan ya refrito de la seguridad democrática.

En 1927 (El porvenir de una ilusión), Freud se estaba preguntando algo bastante parecido: el problema del origen y el porvenir de su cultura. Ese interrogante necesariamente hace alusión a un devenir, a una evolución. Es decir, una tesis subterránea sostiene tal cuestionamiento: es posible hacer una evaluación conceptual de una cultura análogamente a la evaluación del desarrollo de un individuo.

Por cultura Freud entiende todo aquello que nos separa de la vida zoológica, valga decir, todo aquello que distingue al hombre de los demás seres naturales. Independientemente de la concepción antropológica que pueda traerse a colación, podría decirse, con Cassirer (1987), que es el hábitat simbólico en el que el hombre se desenvuelve lo que hace que se ubique en un universo distinto al netamente natural. El hombre es un ser psico-somático, una realidad biológica mordida por los dientes de acero del significante, un ser

separado de la naturaleza por la riqueza discapacitante del lenguaje que humaniza y al mismo tiempo enajena, pues el sujeto estará siempre dividido entre su biología y su mundo lingüístico.

Ahora bien, dos aspectos deben considerarse para aprehender la noción freudiana de cultura: todo el saber y el poder conquistados por el hombre para dominar la naturaleza y todas las ficciones institucionales que controlan las relaciones entre los hombres, muy especialmente, la distribución de los bienes que la misma cultura ha permitido alcanzar.

Pero, no debe dejarse pasar por alto un hecho que aparece tras bambalinas en la anterior sentencia: si la cultura debe mediar las relaciones entre los hombres y asistirlo en la dominación de las fuerzas naturales es porque no está en su naturaleza ninguna de las dos cosas. El hombre está indefenso ante la naturaleza, por su condición de prematuración evolutiva, precio que se paga por el tamaño de nuestro cerebro; y tampoco está naturalmente equipado para la vida en comunidad. Esa, por lo menos, es la posición de Freud.

En efecto, Freud, depositario del romanticismo alemán y de sus influjos nitzscheanos, encuentra que el hombre no es en su esencia un ser racional, tal como el cogito cartesiano hubiera aseverado: en lo irracional y animal se encuentra su naturaleza más pura. Esa condición lo hace un ser cuyo único interés es la satisfacción de una tensión de carácter primigenio y fisiológico que es condición estructural de su ser biológico. Es decir, el único interés que el humano encuentra en su nicho social es el de la satisfacción de un empuje que nace con él y que pugna por una descarga suficientemente satisfactoria.

Eso quiere decir que para vivir en sociedad el hombre debe encontrar en un terreno artificial, ficticio, simbólico, una fuente para satisfacer unos impulsos de origen absolutamente natural. Condición paradójica del humano que va a terminar por dejarlo en una encrucijada vitalicia: para ser un humano hay que abandonar una buena porción de nuestro ser natural, para ser un homo simbólico hay que enajenarnos del centro mismo de nuestros empujes más vitales, de nuestra energía más propia. Es lo que Freud denominó *malestar*

en la civilización; una imperfección que lleva a que la cultura deba ser impuesta y no enteramente aceptada.

Es un alto precio, pero tal vez necesario si se considera las posibilidades que el habitar en cultura entrega. Los logros culturales son el producto de muchos hombres capaces de abandonar la satisfacción autoerótica de la alienación narcisística en pos del trabajo cultural. Nada de arte, ciencia, religión o tecnología si no hubiera personas capaces de buscar en las palabras lo que ha perdido para siempre en lo real.

Ahora bien, hemos dicho que la aceptación de la vida en cultura debe hacerse siempre desde una imposición; ningún humano, óigase bien, ni el más filantrópico de los humanos, ningún santo de entre los que ahora habitan los encumbrados riscos celestes por sentencia de su santidad ha entrado a la cultura por su voluntad: le ha tenido que ser impuesta; la coerción es una condición para habitar en la cultura. Esta condición señala una triste realidad, otrora camuflada de ilusión por Freud: es imperativo que una mayoría sea dominada, obligada a una renuncia a la satisfacción por unos cuantos. Escuchemos lo que al respecto dice Freud:

“Así, se recibe la impresión de que la cultura es algo impuesto a una mayoría recalcitrante por una minoría que ha sabido apropiarse de los medios de poder y de compulsión. Desde luego, cabe suponer que estas dificultades no son inherentes a la esencia de la cultura misma, sino que están condicionadas por las imperfecciones de sus formas desarrolladas hasta hoy” (Freud, 1927).

Es decir, la cultura suele descansar en un soporte que no deja de ser patéticamente evidente en nuestros días: hay un selecto grupo de personas que ostentan la posesión de los bienes culturales y otros, despojados de ellos, que se acoplan a uno designios ajenos. No obstante, téngase en cuenta la advertencia de Freud: es posible que esta característica no sea propia de la cultura misma, sino que sea esta una condición de imperfección que acompaña todas las civilizaciones del mundo, pero que acaso pudiera ser transformada en determinadas circunstancias.

Es posible que esté lejos de los alcances de la lógica encontrar una cultura en la que no haya necesidad de una coerción para mantener cohesionados los grupos humanos, es decir, no habría una cultura no

neurótica. Sin embargo, tal como es posible afirmar que hay personas más neuróticas que otras es también posible afirmar que hay culturas más coercitivas que otras. En este contexto, una cultura más coercitiva sería aquella que deba recurrir en modo mayor al predominio del uso de la fuerza de unos pocos para impedir el acceso a la satisfacción pulsional de la mayoría. Insistamos en el hecho de que la pulsión, ese concepto límite entre lo somático y lo psíquico, es de naturaleza asocial y por ende se opone a la renuncia que la cultura exige como tributo.

Ese sacrificio es altamente gravoso para el ser humano; al tiempo que se hace una renuncia a la bestia se abandona la fuente de goce de la vida del hombre. La vida se torna gris cuando todo lo que hay en rededor impide que algo de ese acervo pulsional no sea puesto en el mundo: la vida pierde placer. La coerción genera resistencia, la resistencia síntomas: el sufrimiento del hombre es la moneda con la que se paga en el mercado del mundo social. Esa condición, en el sentido freudiano, es la fuente de la hostilidad que el hombre ostenta frente a la vida social, el reservorio de donde beben los desparpajos en los que incurrimos cuando nuestra individualidad se pierde y, anónimos en las masas, hacemos todo aquello que en soledad apenas fantasearíamos.

Los actos asociales, la violencia en el sentido más amplio, los actos de ignominia son la emergencia natural de esta pugna en la que el hombre está inmerso desde el tiempo en que nos inventamos los ritos mortuorios, desde el tiempo en que nació la cultura humana. La mitología muestra que toda conquista humana está en contra de los designios de los dioses; Prometeo fue castigado por regalarnos el fuego, símbolo inequívoco del saber; Adán y Eva sufrieron en su carne el precio por comer del árbol del conocimiento del bien y del mal y hacerse semejantes a Yahvé.

Como consecuencia, la coerción no aporta al desarrollo cultural, tampoco la ausencia de límites, que conduciría a la barbarie. Una cultura desarrollada no es la que menos goza, tampoco la que goza irrestrictamente. La riqueza cultural se mide en los productos culturales, productos de los caminos alternativos que se le proponen a la pulsión: ciencia, arte, amor, religiones; de modo sucinto: los hijos del lenguaje. Escuchemos de nuevo a Freud:

“Sé lo que se objetará a estas puntualizaciones. Se dirá que el carácter de las masas de seres humanos, tal como lo hemos descrito, está destinado a probar que la compulsión al trabajo cultural es indispensable; pero ese mismo carácter no es' sino la consecuencia de normas culturales deficientes, que enconan a los hombres, los vuelven hoscos y vengativos. Nuevas generaciones, educadas en el amor y en el respeto por el pensamiento, que experimentaran desde temprano los beneficios de la cultura, mantendrían también otra relación con ella, la sentirían como su posesión más genuina, estarían dispuestas a ofrendarle el sacrificio de trabajo y de satisfacción pulsional que requiere para subsistir. Podrían prescindir de la compulsión y diferenciarse apenas de sus conductores. Si hasta hoy en ninguna cultura han existido masas de esa calidad, ello se debe a que ninguna acertó a darse las normas que pudieran ejercer esa influencia sobre los seres humanos, desde su infancia misma” (Freud, 1927).

Es posible que toda colectividad humana necesite un conductor, pero no puede homologarse el conductor de una masa al líder de un grupo social. El conductor de la masa es, en el sentido más amplio, un conductor: define los destinos de los integrantes; el líder de un grupo no conduce: señala, sugiere. El primero sugestiona, el segundo persuade. Al primero le conviene que la masa siga siendo eso: masa: acalla toda manifestación individual; el segundo encarna dos grandes principios freudianos: la capacidad de limitar sus propios impulsos y el conocimiento de las necesidades más profundas de la vida.

Los conductores de las masas son enemigos de la educación, porque ésta trabaja por la cultura y forma caracteres autónomos. La consecuencia de la ausencia de una buena educación es enojo colectivo que por temor no se expresa, pero que se transforma en actos disociales. Actos que pueden ser utilizados por los mismos conductores, quienes necesitan de imposiciones ilegales para el sostenimiento de su difuso poder.

El porvenir de una nación es el futuro de los avatares en los que se resuelve la pugna entre naturaleza y cultura, el porvenir de una nación es el futuro de la educación de sus pueblos, el destino que imponga la resolución de la hostilidad contra la injusticia en la repartición de los goces de la vida.

Colombia es una nación dada a luz por los dolores de parto de una madre frondosa violada una y otra vez por influjos extranjeros. Los padres de nuestra patria nos heredaron la vergüenza histórica de las revueltas personales y las traiciones secretas. José María Córdoba, no es más que un nombre en más

girando en una rueda interminable de vidas truncadas y muertes turbias. Testigos oculares de la hostilidad irresuelta que se pasea por nuestras montañas, de la muerte que baila a su amaño cada vez que alguien entona con una mueca de gracia y la mano en el corazón nuestro himno nacional.

Nuestra historia reciente ha transitado por un camino repetitivo, por una letanía de acciones y reacciones sobre un sembradío de cementerio. Nadie de nuestra generación y de varias hacia atrás ha escapado al vértigo existencial producido por la velocidad con que las vidas descienden hasta el mismo centro del hades, una tras otra. Nuestra historia es el producto pútrido de las inconsistencias del alma de nuestros dirigentes y de la desorganización profunda de nuestra cultura.

Hemos caminado suficientes años con la cabeza gacha, con la misma parsimonia de una hilera de desplazados, con el mismo rigor mortis con el que se persigue una carroza funeraria. Silenciosos, marchando hacia las urnas por el pan con chocolate, por el tamal festivo de caudillos trasnochados, por el pedazo de teja para tapar el hueco que dejó el vendaval de ayer, o los veinte mil pesos que no alcanzan para nada, porque han subido los impuestos y la salud ahora es un negocio; en las clínicas se auscultan los bolsillos con mayor presteza que al dolor de los huesos o las arritmias del corazón.

Y entonces, los estudiantes y los docentes de psicología permanecemos cómodos tras un escritorio, con la cara tapada por algunos libros, cuando no con la nariz sumergida en la marejada feliz del Twitter o el Facebook. La academia psicológica no puede estar ajena a la inequidad con la que se gobierna estas tierras del sagrado corazón, sencillamente porque la inequidad siembra la miseria del alma. La psicología no se puede dar el lujo de no ser social, política, humanitaria, comunitaria, ecológica, reaccionaria y contestataria, es que trabajamos con las consecuencias infames de la mala organización de la cultura que habitamos.

Tampoco puede permanecer ajena a los resortes que mueven el horizonte actual de nuestra vida política ni al fenómeno apabullante con que nuestra civilización avanza igual que un burro persiguiendo una zanahoria. Pan y circo, medios de comunicación que obnubilan y no informan.

Es preocupante que a la gente le encante ver a Chaves como el enemigo que insufla el narcisismo de las pequeñas diferencias, insuflado por ese concierto sinvergüenza de la televisión que devoran sin crítica alguna nuestros niños y adolescentes. La preocupación de la nación, mucho más de lo que debió preocuparnos la anorexia inexistente que la ex primera mujer de Medellín veía cada vez que se miraba reflejada en todas las jovencitas que quería engordar a toda costa, debería ser que la gente se fascine con la ficción morbosa de Rosario Tijeras o de las Muñecas de la mafia o de las tres milagros, que nos son sino lo mismo, sólo que cada vez con producciones más costosas y actores más ineptos. Esos “programuchos” no reflejan la realidad, como quieren hacérselo creer esos productores de bolsillos llenos y bibliotecas vacías; reflejan la caricatura descarada de una verdad barrial que Sebastián Martínez nunca conocerá y que Farina hace rato olvidó. Esa realidad es mucho más compleja que los guiones estereotipados que mantienen las pantallas encendidas.

El problema es de cultura y es un problema profundo que no se soluciona con colegios de arquitecturas vanguardistas y profesores con alacenas vacías y cuentas en saldo rojo. La cultura torcida de una nación no se endereza con nuevos impuestos para la guerra, ni cerrando hospitales ilíquidos, tampoco aumentando las edades pensionales, ni quitando a los trabajadores la dignidad del producto de su esfuerzo. Una cultura retorcida no se arregla eliminando una guerrilla mortífera, que siembra minas y desmiembra seres humanos, pero que no ha sido producida precisamente por el paraíso. A esa guerrilla eliminada le vendrían sucesores infinitos, porque el hueso del conflicto está en la inequitatividad, que en Colombia tiene cara de campesino sin tierra y de terrateniente sin vista suficiente para contar sus cabezas de ganado.

El problema de la nación es de símbolos, de falta de recursos para distanciarse del decir del gamonal y del mandato del político corrupto. Vivimos en una nación en la que hay una ciudad que se fascina con unos juegos deportivos, mientras hacía una semana los muertos no cabían en las salas del anfiteatro y eran exportados para dormir su pesado sueño a otras salas en las que la fila fuera menos extensa.

Un profesional de la psicología, un estudioso del alma, sigue los vestigios de los hilos que mantienen su país cohesionado, piensa en el bien que iguales oportunidades traerían para la salud de la psicología del pueblo, en la salubridad de las aguas, en la coherencia de las letras de la escuela, en la prevención de toda forma de violencia, de maltrato, de vulneración de la dignidad humana.

Muchas campañas de los que hoy se llaman gobernantes elegidos de este país del sagrado corazón fueron el compendio sinvergüenza de los errores del gobiernos salientes, sin otro plan de gobierno que la continuidad de la política masificadora de la seguridad democrática y una que otra idea fantástica en las que, por ejemplo, todos tendremos un computador de Fisher Price para hacer educados a nuestros muchachitos.

Esos caudillos del siglo pasado, esos que encarnan los vicios políticos de ayer quieren ser conductores de una masa sempiterna de juventudes no pensantes, de soldados bien pagos, de ancianos tradicionalistas y trabajadores inconscientes de la riqueza que habita en sus manos. Ese modo de política difuso, populista depende de que la gente piense poco para fabricar su guerra, de estribillos y arrullos publicitarios que unan la nación en la falta de conciencia de la masa y la ausencia patológica del conocimiento real de sus necesidades, es el intento desmesurado de continuismo ilusorio e insensibilidad por el que sufre.

El mismo gobierno al que hoy se aplaude por éxitos militares históricos y por permitirnos volver a las carreteras deja hoy más de 3000 familias que lloran muertos falsamente declarados caídos en combate, una investigación por el uso maquiavélico que hacen las fuerzas de inteligencia de la Casa de Nariño de la tecnología que les regala el tío Sam y más de 300 periodistas y opositores en el exilio, perseguidos por los mismos que protegen la seguridad de la nación, y un número de desplazados que sigue ubicándonos entre la vergonzosa lista de países más inseguros del mundo y en uno en los que más se violan los derechos humanos. El mismo gobierno, comandando por ese presidente decorado con acento de abuelito paisa y bondadoso discurso, ha continuado con la conducción de nuestra generación a la extinción progresiva

de la dignidad laboral; un contrato decente es el equivalente a un oasis en el Sahara. Los mismos de la operación jaque, de los golpes militares a Raúl Reyes y al negro Acasio, nos han llevado a pagar una gasolina y un IVA que cuestan casi lo que en Estados Unidos, sólo que hay aquí hay un tanto menos de posibilidades de comprar; 50 de cada 100 personas del país son pobres y en todo caso, el ingreso de un Colombiano promedio no se compara con el del más corriente de los gringos.

El porvenir de la nación depende de las decisiones que se tomen hoy mismo, del trabajo mancomunado de la sociedad por encontrar modos de regulación que no dejen en manos de unos pocos lo que debería ser de muchos, que enriquezcan la subjetividad y la vida.

Por supuesto, la lucha por la educación pública es sólo uno de los frentes en los que esta política de doble moral obliga a la población a incursionar, no sólo aquí, sino en Puerto Rico y en Chile. Seguramente porque la globalización exige que las leyes del mercado reemplacen las de la más insipiente lógica humana.

Dejemos que Freud concluya, cuando en el texto que ha servido de núcleo a esta pequeña catarsis dice: "(...) cuando una nación no ha logrado evitar que la satisfacción de un cierto número de sus participantes tenga como premisa la opresión de los otros, de la mayoría quizás, es comprensible que los oprimidos desarrollen una intensa hostilidad contra la civilización que ellos mismos sostienen con su trabajo, pero de cuyos bienes no participan sino muy poco".